

Andando por la Sierra

DESPUES de treinta años de enclaustramiento hacemos un viaje. Un fraile alcazareño tiró de nosotros sin proponérselo. Podíamos haber ido en su busca por varios caminos, pero lo hicimos por el de Avila, la ciudad más a propósito para no sentir la sensación del aire de la calle. Andando por ella es como si se fuera por un claustro conventual.

Este viaje nos ha servido para contrastar nuestros juicios sobre La Mancha. Dicen que no se puede conocer bien lo propio—literatura, idioma, etc.—si no se conoce lo extranjero.

Ir desde Avila por la ruta de Arenas de San Pedro, es atravesar una amplia campiña llana, tan pobre como la más pobre de La Mancha y completamente despoblada, pues de tarde en tarde se ve algún grupo de viviendas, de piedra, porque piedra es lo único que da el terreno, pero tan rudimentarias, destruidas, irregulares y faltas de urbanización, que ni el nombre de aldeas puede dárselas.

Se ven algunas siembras de buen aspecto y algunas parejas de bueyes haciendo barbecho. Todo está seco y al iniciarse la sierra desaparecen los cultivos. La carretera sigue estrictamente la dirección del poniente, que nos va trazando un sol implacable que no deja ver.

La ascensión a la sierra pierde la monotonía de la llanura, pero no mejora el panorama hasta que se descienden varias colinas, se van viendo arroyuelos y alguna pradera con ganado vacuno y lanar.

En la Venta del Obispo se esponja un poco el ánimo y dejando a la derecha la carretera que va a Gredos, se inicia la gran ascensión al Puerto del Pico, escarpada cumbre que separa brusca y completamente la tierra seca avulense de la feraz del Barranco o Valle de las Cinco Villas, de tipo extremeño, pues hasta la gente tiene un acento andaluz de haches aspiradas que llama mucho la atención por lo inesperado, y que se descubre como colofón del asombro que

la contemplación del valle produce al trasponer la cumbre del Puerto. El descenso es impresionante, como en Soller, como en Formentor. El paisaje, espléndido; no cabe más. Los pueblos, desde la altura, dan la impresión de un conglomerado de casas sin calles y con un tejado único, plano y colorado; como juguetes colocados entre la arboleda, que es magnífica por su cuantía, por su desarrollo y por su buen aspecto. El olor a resina satura la atmósfera invitando a respirar hondo. Predominan el pino y el castaño. Se ven algunas cepas y parcelas de huerta, aprovechando los arroyos naturales.

Pasamos por Cuevas, Villarejo, San Esteban, Mombeltrán, La Parra, todos iguales, pequeños, de calles estrechas y oscuras, con grandes aleros y balcones de madera salerizos que permiten llegar a los de las casas de la otra acera. El aire es puro, purísimo. La arboleda llega hasta las casas, pero no invade las calles que no parecen muy limpias. Se ven reses colgadas en las puertas, con muchas moscas.

La llegada a San Pedro es otra cosa, van diciendo en el coche de línea y así es, en efecto. En este camino se escalonan las sensaciones todas en un sentido progresivamente agradable, y Arenas, con su carretera asfaltada, sus confortables construcciones y su iluminación, convida a detenerse y saborear lo que se ha venido viendo. La calle de la carretera tiene un nombre simbólicamente romántico, intrigante, seductor para el forastero: calle de la Triste Condesa. En ella nos ha preparado asilo nuestro fraile, el cordialísimo y excelente Padre José Comino y en el Hostal de Gredos hacemos posada al amparo de una familia de apellido italiano—Pecci—bondadosa y amable donde las haya.

Arenas es un pueblo pequeño, que allí resulta de cierta consideración y la tiene muy merecida entre los que le rodean. Su nivel de vida es más alto del que tendría en La Mancha por su núcleo de población. Su riqueza básica, como la de toda la comarca, es la madera, el pinar, de